

XV

La habitación del padre Mouret, situada en un ángulo del presbiterio, era una vasta pieza, alumbrada en sus dos caras por sendas inmensas ventanas cuadradas; una de aquellas ventanas daba al corral de Deseada; la otra tenía vistas al pueblo de los Artaud, con el valle, en lontananza, las colinas, todo el horizonte. El lecho provisto con cortinas amarillas, la cómoda de nogal, las tres sillas de paja, se perdían bajo el alto techo de vigas blanqueadas. Una ligera aspereza, ese olor un tanto agrio de las viejas construcciones campesinas, subía del pavimento, aljofifado de rojo, y reluciente como un espejo. En la cómoda, una estatuita de la Inmaculada Concepción producía una sueva nota gris entre dos jarros de fayenza que la Teuse había colmado blancas lilas.

El padre Mouret colocó la lámpara delante de la Virgen, al borde de la cómoda. Sentía tan gran malestar, que se dispuso a encender con cepas de viña el fuego que estaba ya preparado. Permaneció allí, con las tenazas en la mano, mirando arder los tizones y con el rostro iluminado por la llama. Debajo de él, percibía el tranquilo reposar de la casa. El silencio, que zumbaba en sus oídos, acababa por adquirir voces murmuradoras. Lenta e invenciblemente, aquellas voces le invadieron, redoblando la

ansiedad, cuya opresión durante el día había sentido muchas veces. ¿De qué provenía aquella angustia? ¿Qué podía ser aquella turbación desconocida, que poco a poco iba en aumento y que se había hecho intolerable? Parecía haber salido la víspera del seminario, con todo el ardor de su fe, tan fuerte contra el mundo, que transcurría entre los hombres sin ver más que a Dios.

Entonces tuvo para sí que se hallaba en su celda, una mañana, a las cinco, en el momento de levantarse. El diácono de servicio pasaba dando un golpe a la puerta, con el reglamentario grito de:

—*Benedicamus Domino!*

—*Deo gratias!*—contestaba él, sin despertarse del todo y con los ojos hinchados por el sueño.

Y se echaba al suelo sobre la estrecha alfombra, se lavaba, hacía su cama, barría la habitación y renovaba el agua del cantarillo. Aquellas sencillas faenas constituían un goce en el estremecimiento matinal que le corría por el cuerpo. Oía los gorriones de los plátanos del patio levantarse al mismo tiempo que él, en medio de un ruido de alas y de gargantas ensordecedor. Figurábase que rezaban sus oraciones a su manera. El, por su parte, bajaba a la sala de las Meditaciones, en donde, después de los rezos, permanecía sobre media hora arrodillado, meditando sobre aquel pensamiento de Ignacio: “¿Para qué sirve al hombre la conquista del universo, si pierde el alma?” Asunto era abundante en buenas resoluciones, que le inducían a renunciar a todos los bienes de la tierra, con el ensueño tan a menudo acariciado de una vida en el desierto, bajo la sola riqueza de un gran cielo azul. Al cabo de diez minutos, sus rodillas, magulladas sobre la losa, poníanse por tal modo doloridas, que experimentaba poco a poco un desvanecimiento de todo su sér, un éxtasis en el que se veía gran conquistador, dueño de inmenso imperio, arrojando la corona, rompiendo el cetro, pisoteando un lujo inaudito, cajas de oro, arroyos de joyas, estofas bordadas con pedre-

rías, para ir a hundirse en el fondo de una Tebaida, vestido con un sayal que le desollaba las espaldas. Pero la misa le apartaba de aquellas imaginaciones, de las que salía como de una bellísima historia real que se le habría presentado en los antiguos tiempos. Comulgaba y cantaba el salmo del día, con todo fervor, sin oír más voz que la suya, de pureza de cristal, tan clara, que la sentía remontarse hasta los oídos del Señor. Y cuando volvía a su habitación, no subía sino un peldaño a la vez, como recomiendan S. Buenaventura y Santo Tomás de Aquino; andaba lentamente, en actitud de recogimiento, con la cabeza ligeramente inclinada, encontrando en seguir las menores prescripciones una jubilación indecible. En seguida venía el desayuno. En el refectorio, las cortezas de pan, alineadas a lo largo de los vasos de vino blanco, le emblesaban, pues tenía buen apetito, estaba de humor jovial y decía, por ejemplo, que el vino era buen cristiano, audaz alusión al agua con que se acusaba al ecónomo mezclar en las botellas. Esto no era obstáculo para que diese con su seria actitud al entrar en las clases. Tomaba notas sobre las rodillas, mientras que el profesor, con los puños apoyados en el púlpito, hablaba en un latín usual mezclado a veces con palabras francesas, cuando no daba con nada mejor. Suscitábase una discusión; los discípulos argumentaban en una gerga extraña, sin echarse a reír. Después, a las diez, procedíase a la lectura de las Santas Escrituras, durante veinte minutos. Iba él en busca del sagrado libro, ricamente encuadernado, y dorado en los cantos. Besábalo con veneración particular, leía con la cabeza descubierta y saludando siempre y cuando encontraba los nombres de Jesús, de María o de José. La segunda meditación le encontraba entonces del todo preparado para soportar, por amor de Dios, una nueva postración de rodillas más prolongada que la primera. Evitaba el sentarse un solo segundo sobre los talones; saboreaba aquel examen de concien-

cia de tres cuartos de hora, esforzándose para descubrir en él pecados y llegando hasta creerse condenado por haber olvidado, la víspera por la noche, besar las dos imágenes de su escapulario, o por haberse dormido del lado izquierdo; pecados abominables que habría querido rescatar permaneciendo arrodillado hasta la noche, bienaventuradas faltas que le ocupaban, sin las cuales no habría sabido con qué entretener su cándido corazón, adormecido por la vida sin tacha que llevaba. Entraba en el refectorio por completo aliviado, como si se hubiese desembarazado el pecho de un gran crimen. Los seminaristas de servicio, con las mangas de la sotana remangadas, con un delantal de cutí azul atado a la cintura, traían la sopa de fideos, el cocido cortado en pedacitos pequeños y las raciones de pierna de carnero con judías. Percibíanse desaforados ruidos de mandíbulas, un silencio de glotonería, un encarnecimiento de trinchantes tan sólo interrumpido por envidiosas miradas lanzadas sobre la mesa en forma de herradura, en que los directores comían manjares más tiernos, y bebían vinos de mejor calidad; mientras que la voz estropajosa de algún hijo de labriego, de robustos pulmones, rebuznaba sin puntos, ni comas, sobre aquel furor de apetito, alguna piadosa lectura, cartas de misioneros, mandamientos de obispos y artículos de periódicos religiosos. Sergio oía entre bocado y bocado. Aquellos trozos de polémicas, aquellos relatos de lejanos viajes, le sorprendían y hasta le espantaban, revelándole, más allá de las paredes del seminario, una agitación, un horizonte inmenso, en que no pensaba jamás. Hallábanse comiendo aun, cuando un ruido de palmadas anunciaba la hora de recreo. El patio estaba enarenado, plantado con robustos plátanos, que, en el verano, producían fresca sombra; hacia el mediodía había una pared, de cinco metros de altura, erizada de cascotes de botella, por encima de la cual no se veía de Plassans sino la parte más elevada del campanario de San Marcos, una corta

aguja de piedra, en el cielo azul. De un extremo del patio al otro, Sergio se paseaba lentamente con un grupo de compañeros en una sola hilera, y cada vez que volvía, con el rostro hacia la pared, miraba al campanario, que era para él toda la ciudad, toda la tierra, bajo el libre vuelo de las nubes. Grupos bulliciosos al pie de los plátanos, discutían; había amigos que se aislaban, de dos en dos, en los rincones, espiados por algún director oculto tras de las cortinas de su ventana; organizábanse violentas partidas de pelota o de bolos, estorbando a tranquilos jugadores de loto, medio tendidos en el suelo, ante sus cartones, que muchas veces quedaban cubiertos de arena por una pelota o un bolo lanzados con demasiada fuerza. Cuando sonaba la campana, el ruido se desvanecía, una nube de gorriones volaba de los plátanos y los estudiantes, todavía jadeantes, se dirigían a la clase de canto llano, con los brazos cruzados y con el cuello inclinado. Y Sergio acababa el día en medio de aquella paz; volvía a la clase, merendaba a las cuatro y reanudaba su eterno paseo, frente a la aguja de San Marcos; cenaba en medio de los mismos ruidos de quijadas, bajo la estentórea voz que daba fin a la lectura de por la mañana; subía a la capilla para rezar las acciones de gracias de la noche y se acostaba a las ocho y cuarto, después de haber rociado su cama con agua bendita, para preservarse de los malos sueños.

¡Qué hermosos días semejantes había pasado en aquel antiguo convento del viejo Plassans, henchido de secular fragancia de devoción! Durante cinco años los días se habían seguido, deslizándose con el mismo murmurio de agua cristalina. En aquella hora hacía memoria de mil detalles que le enternecían. Acordábase de su primer equipo, que había ido a comprar con su madre; de sus dos sotas, sus dos cinturones, sus seis alzacuellos, sus ocho pares de medias negras, su sobrepelliz, su tricornio. ¡ cómo había latido su corazón, aquella suave tarde de octubre, cuando la puerta del semi-

nario se hubo cerrado tras él! Iba allí, a los veinte años, después de sus años de colegio, impulsado por una necesidad de creer y de amar. Al día siguiente todo había quedado olvidado, como adormecido en el fondo de la grande y silenciosa casa. Volvía a ver la estrecha celda en donde había pasados los dos años de filosofía, un compartimiento provisto con una cama, una mesa y una silla, separado de los compartimientos vecinos con tablas mal unidas, en una inmensa sala que contenía una cincuentena de aposentos semejantes. Recordaba su celda de teólogo, habitada durante otros tres años, más espaciosa, con un sillón, un lavabo, una librería, dichoso retiro rebosante de los ensueños de su fe. A lo largo de los interminables corredores, de las escaleras de piedra, en ciertos rincones, había tenido revelaciones repentinas, socorros inesperados. Los elevados techos dejaban caer como voces de ángeles guardianes. Ni un ladrido de las salas, ni una piedra de las paredes, ni una rama de los plátanos, dejaban de hablarle de los goces de su vida contemplativa, de sus balbuceos de ternura, de su lenta iniciación, de las caricias recibidas en reconocimiento del don de su sér, de toda aquella felicidad de los primeros amores divinos. Tal día, al despertarse, había visto un vivo resplandor que le había henchido de alegría; tal noche, al cerrar la puerta de su celda, había sentido que unas tibias manos le habían asido por el cuello, con tanta ternura, que al volver en sí, se halló tendido en el suelo llorando a lágrima viva. A veces, también, y sobre todo bajo la pequeña bóveda que conducía a la capilla, había abandonado su cintura a suaves brazos que lo elevaban. Todo el cielo se ocupaba entonces de él, andaba en torno suyo, tomaba parte en sus menores actos, en la satisfacción de sus más vulgares necesidades; imprimía un sentido particular, un sorprendente perfume, del que sus ropas y su cuerpo mismo, parecían conservar para siempre el lejano aroma. Y acordábase todavía de los paseos del jueves. Salían

a las dos en dirección a algún rincón de verdura, a una legua de Plassans; con frecuencia era a las orillas del Viorne, al extremo de una pradera, con nudosos sauces que dejaban mojar sus hojas a flor de agua. El no veía nada, ni las grandes flores amarillas del prado, ni las golondrinas bebiendo al vuelo, rasando con sus alas la superficie del riachuelo. Hasta las seis, sentados por grupos bajo los sauces, sus compañeros y él recitaban a coro el Oficio de la Virgen, o leían, dos a dos, las *Horas*, breviario facultativo de los jóvenes seminaristas.

Sonrióse el padre Mouret al acercarse los tizones. No encontraba en aquel pasado sino una gran pureza, una perfecta obediencia. Era un lirio cuyo grato perfume encantaba a sus maestros. No se acordaba siquiera de una mala acción. Jamás se aprovechaba de la absoluta libertad de los paseos, en tanto que los dos directores de vigilancia iban a hablar a casa de un cura de la vecindad, para fumar detrás de un seto o ir a beber cerveza con algún amigo. Nunca ocultaba novelas bajo su jergón, ni encerraba botellas de anisete en el fondo de su mesa de noche. Hasta pasó mucho tiempo sin que sospechara los pecados que le rodeaban, de las alas de pollo y de los pasteles introducidos de contrabando durante la cuaresma, de las cartas pecaminosas llevadas por los criados, de las abominables conversaciones sostenidas en voz queda en ciertos rincones del patio. Lloró a lágrima viva el día en que llegó a percatarse de que pocos de sus condiscípulos amaban a Dios por sí mismo. Había entre ellos hijos de campesinos entrados a las órdenes por miedo a la quinta, perezosos que soñaban un oficio de holgazanería, ambiciosos a quienes ya turbaba la visión del báculo y de la mitra. Y él, al encontrar la inmundicia del mundo hasta el pie de los altares, se había replegado todavía más sobre sí mismo, dándose aun más a Dios, para consolarle del abandono en que se le dejaba.

El padre se acordó, sin embargo, de que un

día había cruzado las piernas en la clase; y como el profesor le hubiese amonestado, quedóse encendido más que la grana, como si hubiese cometido alguna indecencia. Era uno de los mejores discípulos, no discutía y aprendía los textos de memoria. Probaba la existencia y la eternidad de Dios con pruebas sacadas de las sagradas Escrituras, con la opinión de los padres de la Iglesia y con el sentimiento universal de todos los pueblos. Los razonamientos de aquella naturaleza le llenaban de inquebrantable certidumbre. Durante su primer año de filosofía, trabajaba su curso de lógica con tal aplicación, que su profesor hubo de contenerle, repitiéndole que los más sabios no son los más santos. Así, pues, desde el segundo año cumplía con su estudio de la metafísica, como con un deber reglamentario, entrando por muy pequeña parte en los ejercicios cotidianos. El desprecio de la ciencia se avenía con su manera de pensar; quería permanecer ignorante, a fin de conservar la humanidad de su fe. Más adelante, en *teología*, no seguía ya el curso de *Historia eclesiástica*, de Rorbacher, sino por sumisión; iba hasta los argumentos de Gousset, hasta a la *Instrucción teológica*, de Bouvier, sin atreverse a tocar a Belarmino, a Liguori, a Suárez, a Santo Tomás de Aquino. La sagrada Escritura era tan sólo lo que le apasionaba. Allí encontraba el saber deseable, una historia de amor infinito, que debía bastar como enseñanza a los hombres de buena voluntad. No aceptaba sino las afirmaciones de sus maestros, desembarazándose con ellos de todo cuidado de examen, no teniendo necesidad de todo aquel fárrago para amar y acusando a los libros de robar el tiempo a la oración. Hasta había conseguido olvidar sus años de colegio. No sabía ya, no era ya más que un candor, una infancia vuelta a los balbuceos del catecismo.

Y por tal modo había subido paso a paso hasta el sacerdocio. Aquí los recuerdos se estrechaban, enternecidos, tibios aun de celestiales goces. Cada

año se había ido acercando más y más al sér supremo. Pasaba santamente las vacaciones en casa de un su tío, confesándose día por día y comulgando dos veces por semana. Imponíase ayunos, ocultaba en el fondo de su maleta saquitos de aterronada sal, sobre las cuales se arrodillaba horas enteras, con las rodillas desnudas. Permanecía en la capilla durante las horas de recreo, o subía a la estancia de su director, que le contaba anécdotas piadosas, extraordinarias. Después, cuando se acercaba el día de la Santísima Trinidad, veíase recompensado más allá de cuanto podía apetecer, invadido por aquella emoción de que se llenaban los seminarios la víspera de las órdenes. Era aquella la gran fiesta, abríase el cielo para dejar a los elegidos subir un nuevo escalón. Sergio, quince días antes, se ponía a pan y agua. Corría las cortinas de su ventana, para no ver siquiera la claridad, se prosternaba en las tinieblas, suplicando a Jesús que aceptase su sacrificio. Los cuatro últimos días, era pasto de angustias, de terribles escrúpulos que le echaban fuera de la cama, en medio de la noche, para ir a llamar a la puerta del sacerdote extraño que dirigía los ejercicios espirituales, algún carmelita descalzo, con frecuencia un protestante convertido, sobre el cual corría una maravillosa historia. Haciale larga confesión general de su vida, con la voz entrecortada por los sollozos. Tan sólo la absolución le tranquilizaba, le refrescaba, como si hubiese tomado un baño de gracias. Hallábase por completo pálido, la mañana del gran día; estaba tan persuadido de aquella palidez, que le parecía producir claridad en torno suyo. Y la campana del seminario sonaba con su clara voz, mientras que los aromas de Junio, las cuarentenas en flor, los rosedás, los heliotropos, llegaban por encima de la alta pared del patio. En la capilla, los parientes esperaban, endomingados, conmovidos hasta tal punto, que las mujeres sollozaban bajo sus velos.

Después llegaba el desfile: los diáconos que iban

a recibir el sacerdocio, con casulla de oro, los subdiáconos, con dalmática; los ordenados de menores, los tonsurados, con la sobrepelliz flotando sobre sus hombros y con el bonete en la mano. El órgano roncaba extendiendo las notas de flauta con un cánto de alegría. En el altar el obispo, asistido por dos canónigos, oficiaba, con el báculo en la mano. El capítulo se hallaba allí, los sacerdotes de todas las parroquias se comprimían, en medio de un inaudito lujo de trajes de un resplandor de oro iluminado por el ancho rayo de sol que penetraba por una ventana de la nave. Después de la Epístola, empezó la ordenación.

En aquella hora, el padre Mouret se acordaba todavía del frío de las tijeras, cuando se le había marcado la tonsura, en los comienzos de su primer año de teología; había sentido un ligero escalofrío. Pero la tonsura era entonces muy reducida, redonda apenas como una pieza de diez céntimos. Más adelante, a cada nueva orden recibida, se había ido agrandando, agrandando siempre, hasta coronarle con una mancha blanca, tan ancha como una grande hostia. Y el órgano sonaba con más dulzura, los incensarios se movían con el argentino rumor de sus cadenillas, dejando escapar una ola de humareda blanca, que se desarrollaba como un encaje. El, veíase revestido con la sobrepelliz, joven tonsurado y llevado al altar por el maestro de ceremonias; arrodillábase y bajaba profundamente la cabeza, en tanto que el obispo, con unas tijeras de oro, le cortaba tres mechones de cabellos, uno de la frente y dos de cerca de las orejas. Un año más tarde, veíase de nuevo, en la capilla llena de incienso, recibiendo las cuatro órdenes menores: iba conducido por un archidiácono, a cerrar con estruendo la gran puerta, que volvía a abrir en seguida, para demostrar que estaba adscrito a la guardia de las iglesias; agitaba una campanilla con la mano derecha, anunciando por tal modo que era su deber el llamar a los fieles a los oficios; volvía al altar,

en donde el obispo le confería nuevos privilegios, los de cantar las lecciones, bendecir el pan, catequizar a los niños, exorcizar al demonio, servir a los diáconos, encender y apagar los cirios. Luego, el recuerdo de la ordenación siguiente volvía a la memoria; más solemne, más temible, en medio del mismo canto de los órganos, cuyo fragor parecía el trueno de Dios mismo; aquel día, llevaba a los hombros la dalmática de subdiácono, obligábase para siempre con el voto de castidad y temblaba con todos sus miembros, a pesar de su fe, al oír el terrible *Accedite* del obispo, que ponía en fuga a dos de sus compañeros, palideciendo él por su parte; sus nuevos deberes consistían en servir al sacerdote en el altar, el preparar las vinajeras, el cantar la epístola, el limpiar el cáliz y el llevar la cruz en las procesiones. Y, por último, desfilaba una postrera vez por la capilla, bajo la irradiación del sol de Junio; pero aquella vez, marchaba a la cabeza del cortejo, con el alba atada a la cintura, con la estola cruzada sobre el pecho y la casulla pendiente del cuello; desfallecido con emoción suprema, distinguiendo el pálido rostro del obispo que le transmitía el sacerdocio, mediante una triple imposición de las manos. Después de su juramento de obediencia eclesiástica, sentíase como levantado de las losas, cuando la plena voz del prelado decía la frase latina: *Accipe Spiritum sanctum: quorum remiseras peccata, remittuntur eis, et quorum retineris, retenta sunt.*

XVI

Aquella evocación de las grandes dichas de su juventud había producido una ligera fiebre al padre Mouret. Ya no sentía el frío. Dejó las tenazas y se acercó al lecho como si fuese a acostarse, después volvió apoyar la frente contra un vidrio de la ventana, mirando a la noche, sin ver. ¿Estaba quizás enfermo, cuando experimentaba aquella languidez de miembros, mientras la sangre le abrasaba las venas? En el seminario, en dos ocasiones, había tenido malestares semejantes; una especie de inquietud física que le hacía muy desgraciado; en una ocasión, hasta se metió en cama, con creciente delirio. Después pensó en una joven poseída, que el Hermano Archangias contaba haber curado con una sencilla señal de la cruz, un día en que había caído rígida delante de él. Esto le llevó a pensar en los exorcismos espirituales que uno de sus maestros le había recomendado en otro tiempo: la oración, la confesión general, la frecuente comunión, la elección de un prudente director, que ejerza gran imperio sobre el espíritu de su penitente. Y, sin transición, con una rudeza que le extrañó a sí mismo, columbró en el fondo de su memoria el redondo semblante de uno de sus antiguos amigos, un campesino, niño de coro de diez años, cuya